
Decir verdades: tomando en serio a David Stoll y al *exposé* sobre Rigoberta Menchú*

Kay B. Warren

El 15 de diciembre de 1998, el *New York Times* dio a conocer un inquietante escándalo en su primera plana. Según todos los indicios, la premio Nobel de la Paz y activista de derechos humanos Rigoberta Menchú había faltado a la verdad sobre su vida en su famoso testimonio autobiográfico, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. David Stoll, catedrático de antropología en la Universidad de Middlebury y experto en América Latina, estaba disputando públicamente en su libro *Rigoberta Menchú and All the Poor People of Guatemala* (1999) la credibilidad de una líder indígena y una observadora no académica. Si sus acusaciones eran ciertas, el libro que había impulsado la investigación internacional de los abusos perpetrados por el ejército guatemalteco, de las torturas y muertes de miles de civiles durante la guerra interna estaba lleno de inexactitudes, verdades a medias y eventos que no sucedieron como se los representaba. Rigoberta Menchú habría no sólo construido una versión falaz del mundo que la rodeaba sino que habría también cambiado dramáticamente la historia de su propia vida.

En un sentido inmediato, lo que parece estar en tela de juicio es la integridad de una intelectual pública y una activista de derechos hu-

* Este ensayo será publicado en inglés en Arturo Arias, (comp.), *The Properties of Words: Rigoberta Menchú, David Stoll, and Identity Politics in Latin America*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999. Agradezco a Claret Vargas por su traducción. Mis conversaciones con Diane Nelson, John Watanabe, Abigail Adams, Jennifer Schirmer, Bret Gustafson, Claret Vargas, Doris Sommer, David Stoll, Arturo Arias, Victor Montejo, Alberto Esquit Choy, Lee Warren y Nancy Houfek, fueron de gran valor para este trabajo. Intercambios con Otilia Lux de Cotí, Benjamín de la Cruz, Irma Velásquez Nimatuj y otros participantes en la conferencia *Pop Wuj*, el 2 de junio de 1999 en Guatemala estimularon el proceso de refinar este ensayo. Ninguno de ellos es responsable por mi análisis final.

manos. Sin embargo, desde un ángulo más amplio, están en juego factores tanto más diversos como de mayor envergadura. En los Estados Unidos y Europa, catedráticos que usaban este libro, por su accesibilidad, por su capacidad de generar conexiones entre los estudiantes y hechos tan distantes de sus propias experiencias vitales (Webb and Benz, 1996), se preguntan si aún pueden enseñar el libro legítimamente en las aulas universitarias. Activistas guatemaltecos y sus simpatizantes internacionales se preocupan sobre las repercusiones políticas de este intento de desacreditar a la guerrilla y a la oposición popular contra la violencia estatal de las guerras de contrainsurgencia. Lo que se cuestiona no es solamente si la izquierda insurgente estaba luchando una guerra justa con un amplio apoyo civil, sino también si esta rebelión hizo más daño que bien.

La controversia que gira alrededor del libro de Stoll —y en particular su manera de cuestionar el activismo de Menchú para impugnar a la izquierda civil y guerrillera— ha logrado gran atención por parte de los medios de comunicación. En el campo de la antropología, una tiene la impresión de que la controversia Stoll *versus* Menchú será un debate legendario más entre los que ya existen (Lewis v. Redfield, Freeman v. Mead, *Sahlins v. Obeyesekere*). Pero en este caso no es una disputa entre académicos sobre cuestiones de marcos analíticos, sobre el significado de resultados distintos, etc. Stoll está disputando la credibilidad de una líder maya y una observadora no académica. En este ensayo, mi argumento es que la reciente transformación de la antropología de un campo que florecía en lo distinto de las comunidades locales a un campo que estudia procesos translocales y políticos significa que los antropólogos —tanto extranjeros como “nativos”— empezaremos a entablar más y más debates con intelectuales públicos y otros interlocutores de los países que estudiamos. Mi propio debate con Mario Roberto Morales refleja esta nueva tendencia (Warren, 1998; Morales, 1998). Por ende, en vez de descalificar a Stoll como si fuera un transgresor con motivaciones ideológicas, como algunos han hecho, parece más sensato entenderlo como alguien que revela dilemas que perseguirán a la antropología hasta el próximo milenio. También es esencial preguntar por qué su trabajo ha generado críticas tan candentes.

El poder del testimonio personal, desplazado

Stoll sabe que Rigoberta Menchú dictó su autobiografía de la guerra como un testimonio, un género literario. Este género se dio a conocer en América Latina como una estrategia para sacar a flote voces subalternas en la corte de la opinión internacional. Los testimonios siempre han tenido un filo político. Están diseñados para describir instancias de violencia estatal, pobreza corrosiva y condiciones inhumanas de trabajo, de manera que el llamado a un cambio dramático sea efectivo. El género del testimonio intenta hacer realidades de abstracciones — violencia, pobreza y condiciones de vida degradantes — y lo logra al personalizar sus efectos y al contar historias heroicas de resistencia individual a profundas desigualdades, aún frente a posibilidades mínimas.

Rigoberta aún niña lleva a los lectores por un viaje que permite vivir la experiencia de las fincas de la costa a través de sus ojos. Vemos a su familia en un camión sin aire y seguimos su historia de niña obrera trabajando los campos. Esta niña quiere trabajar más duro, quiere llenar las bolsas de algodón y café, para ayudar a su familia. Todos deben trabajar largas horas para llenar sus cuotas y evitar trabajo adicional al día siguiente. A cambio, los adultos reciben 1.20 quetzales por día y los niños 20 centavos:

Entonces, ante esto, pues, yo me sentía muy inútil y cobarde de no poder hacer nada por mi madre, únicamente cuidar a mi hermanito. Y así es cuando a mí me nació la conciencia pues (1985:55).

La tensión en estas historias es entre la impresionante ética de trabajo de una niña de ocho años quien, junto con su familia, trata de hacer lo mejor que se puede en una situación difícil, y un sistema que les roba cruelmente tanto los frutos de su trabajo, como a sus propios familiares. El hermano de Rigoberta se moría de mala nutrición a los dos años. Años antes, su hermano mayor había muerto de envenenamiento de pesticidas y su madre no había podido encontrar ayuda ni medicinas para salvarlo. Su aislamiento era aterrador: la búsqueda de trabajo había dispersado al resto de la familia hacia otras plantaciones. Ni Rigoberta ni su madre podían comunicarse efectivamente con otros trabajadores que no hablaban su mismo idioma indígena o español, y el caporal tenía poco interés en su bienestar. A la muerte del niño, los expulsan de la finca por causar desorden — sin pagarles sus dos semanas de trabajo.

Ya adulta, Rigoberta reflexiona respecto a la dinámica generalizada de la que su familia no podía escapar:

Esos quince días de trabajo me recuerdo que es una de las primeras experiencias que yo tengo y es una de las cosas que yo odio en la vida... que ese odio pues nunca se me ha borrado hasta ahora [...] Entonces, todo esto es un proceso, pues, desde la salida de los pueblos donde los contratistas contratan a la gente como cualquier animal, desde que los meten en el camión, les empiezan a robar su sueldo. Les cobran dinero por cualquier cosa, por cualquier mano que echan para subir cosas al camión o lo que sea. Y van a la finca, desde el primer día, los mismos señores que controlan, empiezan a robar al trabajador. Y hasta el último día, hasta en la cantina, en todo lo roban al trabajador (1985:163).

La historia familiar íntima envuelve a los lectores desde temprano en el libro. Los prepara para más historias de explotación y humillación y para otros momentos claves cuando la conciencia de Rigoberta será despertada. La autobiografía captura su radicalización continua a través del sufrimiento de su familia: el ejército secuestra a su hermano —un organizador político— lo tortura y lo asesina; su padre, otro activista, muere en el incendio de la Embajada Española; y su madre es violada y torturada antes de ser asesinada. Todo esto sucede en 1979 y 1980.

Sin embargo, David Stoll rebate su testimonio y frena las reacciones del lector o la lectora con una revelación sorprendente. Así comienza a cuestionar la posición de Menchú como testigo de presencial de los eventos que relata:

Aunque Rigoberta ha dicho muchas veces que creció monolingüe y analfabeta, así no se la recuerda en Uspantán. Lo que la distinguía era que monjas católicas la habían llevado a un colegio internado (1999:159. Traducción mía).

Stoll cree que Rigoberta Menchú no vivió directamente los rigores del trabajo de las fincas hasta que tuvo veinte años y trabajaba como una organizadora de izquierda. Este autor indica que Rigoberta pasó gran parte de su infancia en escuelas católicas, empezando a los seis o siete años, cuando se la llevaron a una escuela en Chichicastenango en el Quiché del sur, por un año o dos. Es importante señalar que este patrón no era nada raro para aquellos de la generación de Menchú que tenían orígenes modestos y que sacerdotes y monjas locales identificaban como personas particularmente prometedoras. El tener que enfrentarse a un sistema educativo poco adecuado y el hacerle frente a unas estadísticas de analfabetismo del 75% entre las mujeres mayas (AVANCSO, 1991; Tay Coyoy, 1996) implicaba hacer grandes sacrificios personales. Pero una todavía se pregunta: A la luz de estas discrepancias radicales, ¿cómo entender el testimonio de Rigoberta Menchú y el *exposé* de David Stoll?

Representación realista y el testimonio latinoamericano

Los testimonios tienen un compromiso con el realismo que comparten con el periodismo de intereses humanos y con los documentales. Los antropólogos utilizan convenciones similares cuando, por varios motivos, introducen historias vitales y viñetas llenas de descripciones en sus etnografías. Los modos realistas de representación, al crear la ilusión de una ventana inmediata hacia un mundo, permiten que los lectores vivan indirectamente experiencias de realidades sociales fuera de sus propias experiencias vitales. Los testimonios adquieren su poder narrativo a través de la metáfora del ser testigo. Ofrecen experiencias de injusticia y violencia en detalle cinematográfico contadas por un testigo presencial. Así crean el efecto de testigos que presentan evidencia a la corte de la opinión pública.

En los años ochenta, los testimonios de América Latina se escribían en el lenguaje de la política de la Guerra Fría. Estaban diseñados para movilizar redes de solidaridad internacional a favor de cambios revolucionarios. Los objetivos eran concientizar, ejercer presión política sobre gobiernos extranjeros y recaudar fondos. Aunque son autobiográficos en su auto-representación, los testimonios son, por lo general, compilados por profesionales letrados interesados en difundir un mensaje más ampliamente. Estos intermediarios graban y transcriben entrevistas y editan testimonios para producir una "autobiografía" que el/la protagonista no hubiera escrito de otro modo. En 1982, la antropóloga venezolana Elizabeth Burgos-Debray —sin haber tenido ninguna experiencia directa con Guatemala o con las comunidades Maya-K'ichee'— entrevistó a Rigoberta, entonces de 23 años, durante veinticuatro horas, a lo largo de una semana. El historiador Arturo Taracena asistió a las sesiones. Después de que Rigoberta se fue, las entrevistas fueron reorganizadas, editadas y reducidas a un manuscrito del largo de un libro, y presentadas a los representantes de la Unidad Revolucionaria Nacional de Guatemala (URNG) en México, para que se aprobara su publicación.

Es muy poco probable que Rigoberta Menchú hubiera producido una autobiografía como ésta por sí sola. De hecho, la autobiografía, en un sentido literario, no tiene raíces originarias en la cultura maya, aunque ésta da gran valor a la capacidad de relatar historias. Sin embargo, sus géneros preferidos incluyen mito-historias, cuentos surrealistas, discursos formales, rituales de adivinación, teatro de la

calle durante fiestas y crítica social abstracta. Durante los noventa, intelectuales del movimiento maya han experimentado con otras formas de expresión, incluyendo ficción y comentarios en periódicos. Las formas expresivas mayas, antiguas y nuevas, son menos egocéntricas que la biografía y autobiografía que fascinan a Occidente.

América Latina era, en los setenta y los ochenta, el mayor productor de publicaciones por marxistas indígenas, lo que daba leña al argumento de que la conciencia de clase y la organización basada en la clase tenía una naturaleza *sui generis*. Rigoberta cabe en esta casilla indígena de manera sugerente. Descripciones autoetnográficas idealizadas de la cultura maya están entrelazadas con y a veces supeditan a las historias de su creciente militancia política. El ser culturalmente distinta —una maya monolingüe en un mundo donde los ladinos de habla hispana discriminan y maltratan a los indígenas— es central a su auto-representación. En gran parte del libro, su preocupación principal yace en el racismo humillante, más que en el conflicto de clase.

Para los lectores occidentales, Menchú recrea la comunidad colectiva cohesiva maya: el practicar delicadas ceremonias para nacimientos, matrimonios, muertes; ceremonias de cosecha; el saludo respetuoso a los ancianos que ha sido siempre una metáfora esencial para la civilidad maya; y la religiosidad maya y la creencia en dobles personales animales (nahuales).

Su conciencia política se presenta como indígena en su origen y se canaliza en nuevas direcciones con su participación en organizaciones de oposición. En este proceso, Rigoberta comienza a entender que, a pesar del racismo generalizado, tiene aliados ladinos; que los trabajadores, intelectuales y militantes ladinos también pueden ser compañeros (Menchú, 1984: Notas de la traductora, xii, 119, 137, 165, 181).

Al igual que otras formas de representación realista, los testimonios están marcados por su historia de producción y consumo. En los Estados Unidos, *I, Rigoberta Menchú, an Indian Woman in Guatemala*, ha sido un *bestseller* en los recintos universitarios donde ha sido consumido por públicos distintos a través de los últimos quince años. Simbolizando la hermandad entre mujeres a nivel internacional, ha sido asignado en clases de Estudios de la Mujer para cuestionar el etnocentrismo de los estudiantes y para ilustrar la capacidad de agencia política de las mujeres en espacios culturales marcadamente diferentes. En cursos de estudios latinoamericanos y ciencias sociales comparati-

vas, se ha usado para humanizar las luchas económicas y políticas de la región y para representar a los movimientos sociales de oposición y la organización rebelde en estados violentos. Al revisar programas de enseñanza troncales, el libro se ha incluido como parte de un esfuerzo por ampliar el canon literario más allá de los clásicos occidentales de prestigio, que en su mayoría han sido escritos por hombres blancos.

La expuesta y el expositor

La crítica de Stoll hacia el testimonio de Rigoberta Menchú crea puentes entre dos momentos históricos muy diferentes. La historia de Menchú fue compilada y editada durante la Guerra Fría, en plena lucha de las organizaciones de base y la guerrilla contra las dictaduras militares de derecha. El testimonio de Menchú se enfoca en el apogeo de la violencia, a principios de los ochenta. Sin embargo, el libro no circuló en Guatemala hasta la década de los noventa porque era simplemente demasiado peligroso tener una copia de algo tan sedicioso.

El *exposé* de Stoll encara a una audiencia estadounidense en 1999, en un momento político muy diferente. No sólo se han desmantelado las polaridades de la Guerra Fría a nivel internacional, sino que las visiones académicas de las políticas de identidades se han transformado para enfatizar la multiplicidad de identidades e intereses que cada individuo afirma en su vida. En muchos casos, el resurgimiento étnico le ha quitado el escenario al discurso de conflicto de clase (Kearney, 1996; Warren, 1998). Uno de los proyectos más delicados para los guatemaltecos ha de ser el escribir la historia interna de la izquierda clandestina, la cual incluiría una consideración completa de la participación maya, a través de este punto de transición. Guatemala ha salido a flote del prolongado proceso de desarme y retroceso de la escala de hostilidades que finalmente concluyó en la firma del Acuerdo de Paz de 1996, aunque muchas reformas se enfrentan aún a batallas difíciles, como hemos visto con la consulta popular sobre las reformas constitucionales que, en 1999, no consiguieron los suficientes votos como para reafirmar los derechos indígenas. Forjar una democracia inclusiva es aún un proyecto que está en curso.

La crítica de Stoll implica una batalla empiricista de los hechos frente a la política. En efecto, Stoll se niega a leer la autobiografía de Menchú como un ejemplo de literatura testimonial en el cual, por dise-

ño, hay espacio para maniobrar entre veracidades colectivas e individuales. Por el contrario, Stoll elige juzgar el trabajo dentro del paradigma de la ciencia y de los hechos, y concluye que ha descubierto un fraude, el equivalente de inventar los datos de un experimento. Para poner el libro a prueba, Stoll lo cuestiona sistemáticamente e intenta "corroborar", o "invalidar" (este es su propio vocabulario). Busca a otros testigos de los hechos, repara sobre "evasiones" en sus entrevistas, cultiva "fuentes", busca "inconsistencias", genera "evidencia". Por medio de este discurso, se convierte en un detective transnacional. Dice, por ejemplo, "A falta de una pesquisa oficial, presenté fotos de los eventos que acaecieron en la Embajada Española que estaban en los periódicos, a dos investigadores del incendio provocado en California" (1999:82).

En este proceso, Stoll conjura una imagen muy diferente de las comunidades rurales, en la cual los conflictos entre mayas pueden ser tan importantes como las tensiones entre ladinos y mayas; donde sentimientos comunitarios cálidos coexisten con disputas que duran generaciones, y los patrones de politización son complejos y cambiantes. Varios antropólogos han investigado precisamente estas cuestiones (Brintnall, 1979; Carmack, 1995). Durante el curso de la guerra interna, las comunidades del Altiplano fueron sujetas a una violencia militar intensa. Junto con las patrullas de autodefensa civil que los municipios estaban obligados a organizar, lo que vemos es una intensificación de la violencia internalizada en la cual vecinos y familiares empiezan a reportar al ejército o a la guerrilla sobre el comportamiento de sus enemigos locales (Carmack, 1988; Montejo, 1987; Montejo y Q'anil Akab', 1992). Finalmente, con los cambios en tácticas militares, barridas del ejército y escuadrones de la muerte, la violencia local se intensifica (Schirmer, 1998). Estos hallazgos son consistentes con la etnografía de las comunidades en el Altiplano occidental. Aquí el *exposé* de Stoll le debe más de lo que admite a una historia de trabajos académicos que tratan con las realidades rurales en Guatemala.

En las comunidades rurales pobres, los conflictos entre familias mayas y las rivalidades fraternales dentro de familias extensas suelen ser bastante comunes. Largas disputas entre comunidades adyacentes y, donde hay grandes plantaciones, entre latifundistas y pequeños propietarios, son fenómenos endémicos en un país donde una pequeña élite es dueña del 75% de la tierra arable. Rituales comunitarios de las cofradías y de los sacerdotes mayas (*ajq'ijab*) se concentran en forjar un

sentido de comunidad y de propósito común en medio de un mundo dirigido por la envidia, donde el éxito personal (en términos de dinero, cosechas, familia y buena fortuna) se puede percibir como una ganancia a expensas de otros. Siguiendo estas líneas, pueden resultar facciones y, en las últimas décadas, las tensiones se han traducido en términos religiosos entre católicos, evangélicos y tradicionalistas que toman lados políticos distintos.

En los años sesenta, el surgimiento y creciente actividad de los grupos comunitarios de Acción Católica, de las congregaciones evangélicas, de las cooperativas agrarias y de los voluntarios del Cuerpo de Paz estadounidense influyeron a las comunidades del Altiplano. Algunos líderes mayas jóvenes rompieron con el tradicionalismo a través de grupos nuevos; otros, descubrieron que la crisis continua de la tierra sobrellevaba los avances que lograban a través del acceso a créditos y a fertilizantes que el movimiento cooperativista les daba. Optaron por cambios políticos más radicales. En algunos casos, grupos de Acción Católica se radicalizaron con la Teología de la Liberación que traían algunos sacerdotes extranjeros. Otros jóvenes tornaron hacia el resurgimiento maya en vez de la política revolucionaria. No hay historia universal para las comunidades guatemaltecas por las divergencias en términos de acceso a tierra agrícola, economía regional, el impacto de las fincas, la demografía étnica e historias políticas distintas (Smith, 1990). Pocos escaparon a la guerra y a la incertidumbre económica crónica durante los setenta y los ochenta. La mayoría de los mayas veían su subordinación personal a los ladinos locales como un gran factor en sus vidas, pero no como el único y abarcador reto.

Mi punto aquí es que hay una variedad de maneras de enfrentarse al testimonio como texto y que verlo como un ejemplo de historia o autoetnografía fallida, en vez de leerlo como propaganda política desde un principio, tiene repercusiones importantes. Se necesita entender a Stoll como una de varias lecturas posibles, cuyas diferencias nacen de las maneras distintas de concebir el valor de la verdad en el libro.

Escritura etnográfica como exposé

Con su enfoque empiricista, Stoll parece menos consciente de que su propio trabajo está enmarcado por un género— el género del *exposé*— y, por ende, también está marcado por un grupo de convenciones na-

rrativas que no se articulan en el texto. El *exposé* tiene como objetivo particular revelar verdades que han sido escondidas al público. Se concentra, de manera particularmente interesante, en el expositor tanto como en quien es expuesto. El objeto de esta indagación es generar hechos que desacrediten las versiones y las interpretaciones generalmente aceptadas. Los hechos fuera del marco de la búsqueda inmediata se ignoran. Asociamos a los *exposés* con un intento de bajar a nivel a aquellas personas con poder y prestigio. En estos términos, el *exposé* es también un género político.

Yo sugeriría que una manera de entender la controversia "Stoll-Menchú" es verla como un choque de géneros o paradigmas de expresión política. Vale notar que el *exposé* y el testimonio comparten importantes características. Ambos consiguen su inmediatez y su autoridad por ser relatos en primera persona. Ambos implican un proceso de marco angosto y sin tregua para llegar a una verdad más profunda. En este caso, ambos llevan a sus lectores por vías de autodescubrimiento político. Por sus similitudes, el *exposé* etnográfico y la literatura testimonial son antagonistas particularmente potentes.

Para Stoll la misión de interrogar a la insurgencia durante la guerra civil es algo más importante que su elección de un género. Sin embargo, como los estudios antropológicos han cambiado, de ser estudios localizados a ser investigaciones de lugares múltiples y transnacionales, la pregunta para este campo es cómo expresar mejor nuestros resultados. Si una toma al trabajo de Stoll como ciencia social sería, en vez de descalificarlo como periodismo, como algunos críticos han hecho, entonces es también importante evaluar este libro como etnografía experimental. La cuestión, entonces es: como en otras etnografías: cómo el medio de expresión y los hallazgos interactúan y se moldean mutuamente.

El libro de Stoll comparte con otros experimentos contemporáneos la voluntad de representar en el texto el proceso de llevar a cabo la investigación de campo como parte integral del producto final. Vemos a Stoll recoger información a través de una cadena de entrevistas; lo vemos seguir su curiosidad a través de su aventura personal en el proceso de descubrimiento; y lo acompañamos a lo largo del surgimiento de su contra análisis de la historia personal de Menchú y de su comunidad. En este sentido, el trabajo de Stoll es una representación más interactiva y autorreflexiva que el testimonio clásico, que suprime las preguntas de las entrevistas. La forma narrativa de Stoll

también sirve para dar fe del cuidado de Stoll al recolectar la evidencia para su caso y para demostrar que sus conclusiones se basan en un método inductivo y no en líneas de razonamiento preconcebidas ideológicamente. Stoll refuerza esta conclusión al describir su propia transformación política de ser un simpatizante izquierdista a ser un crítico de la política revolucionaria:

A principios de los ochenta [Elizabeth Burgos, la compiladora], todavía apoyaba al movimiento revolucionario, al igual que yo y muchos otros que estábamos horrorizados por la brutalidad del ejército guatemalteco. Desde entonces mi manera de pensar ha cambiado a causa de mis conversaciones con los campesinos, incluyendo muchos que alguna vez apoyaron a la guerrilla (1999:184).

Para muchos de sus lectores, sin embargo, el que Stoll hable de tal transformación es desconcertante, dado el enmarque selectivo del proyecto, sus resultados y sus publicaciones anteriores.

En otro impulso autorreflexivo, Stoll utiliza el relato para discutir su propia situación y para asumir él mismo la posición de alguien que ha sido marginado por tendencias postmodernas en las ciencias sociales (1999:231-247). Su marginación se presenta como la del heroico delator o soplón (o sea, de un *whistle blower*) luchando contra el *establishment* académico supuestamente dominado por tendencias de izquierda, por la "corrección política" (o sea, *political correctness*) y el postmodernismo. Aquí el *exposé* hace de David Stoll contra la institución académica una historia de David contra Goliat. Elaborando esta contienda, Stoll afirma que:

Bajo la influencia del postmodernismo (que ha puesto en tela de juicio la confianza en un conjunto único de hechos) y las políticas de identidad (que demandan que se acepten reclamos de victimización) los académicos titubean más y más al cuestionar algunos tipos de retórica. No quieren ser acusados de "echarle la culpa a la víctima" —una imputación generalizada que sirve para todo y que previene ataques, como el de "racismo", que ha sido muy útil para suprimir información no bienvenida y reemplazarla con teorizaciones defensivas. En el caso de Guatemala, tuve que evitar enfocar la manera de los campesinos de contribuir a su propia pobreza al tener familias grandes, o cómo las guerrillas provocaron matanzas políticas en algunas localidades, o cómo la izquierda está fuera de contacto con el pueblo que quiere representar (1999:244)

De manera poco feliz, Stoll aplica a otros trabajos académicos sobre la guerra el estigma de una perspectiva uniforme de izquierda, sin reconocer la diversidad de la producción académica fuera de las polaridades de izquierda y derecha. Este puede ser otro catalizador para las fuertes reacciones que se han dado frente al trabajo de Stoll. Los que

hemos escrito sobre la guerra somos, de hecho, políticamente diversos. Tal vez la tendencia de Stoll de generar estereotipos para los grupos que critica se amplifique por su uso del género del *exposé*, el cual individualiza la relación del que expone con el que es expuesto.

Stoll se ve a sí mismo como el que cuenta las verdades, el que sopesa las diferentes entrevistas para encontrar la verdad, el que decide, cómo él mismo dice, cuándo “los problemas en la versión [de Menchú] deberían llamar una atención más amplia” o el que decide “no convocar una conferencia de prensa” mientras su investigación progresa. Aquí una vez a un periodista más que a un antropólogo en su faena. El individualismo duro del *exposé* periodístico contrasta con otras formas de etnografía, donde los analistas establecen su autoridad a través de dificultosas reseñas de la literatura que les permite situar su trabajo en redes y líneas de investigación intelectuales más amplias.

El enfoque dominante de Stoll se da en los “hechos”, para así cuestionar la veracidad del recuento testimonial. ¿Qué más puede haber? No mucho, si una acepta este marco. Pero aquí es donde Stoll escoge un camino distinto al de muchos etnógrafos cuyos intereses yacen tanto en los contextos sociales y culturales de las vidas y representaciones de sus informantes como en los hechos particulares a que se refieren. Para la mayor parte de la etnografía, explorar el contexto de la producción de conocimiento —es decir, las maneras en que las relaciones sociales influyen en la producción de ideas y juicios en la vida cotidiana y en la investigación académica— lleva a los investigadores por caminos múltiples y no por una sola avenida. Parafraseando esto de modo distinto, Stoll sigue los hechos en tanto tienen relación con la vida de Rigoberta Menchú en los años setenta y principios de los ochenta, mientras que otros etnógrafos siguen los hechos para enfatizar interpretaciones del pasado que se ven cuestionadas, e iluminar lo que están poniendo en juego en el presente. El juego del pasado y el presente en la historia y la memoria no es de gran importancia en el *exposé*. Las fuertes reacciones que el libro de Stoll ha provocado demuestran que el pasado tiene una relevancia importante para el presente.

¿Qué significa que Rigoberta Menchú haya admitido hechos importantes, tales como su pasado educativo, que Stoll cuestiona en su *exposé*? Significa, primero, que Stoll es un investigador riguroso en sus propios términos. Ha demostrado que las diferencias económicas en las comunidades indígenas pueden ser tan importantes como las

que existen entre ladinos y mayas. Este es un punto que centros de investigación de la izquierda popular, como AVANCSO, han estado investigando también. Stoll parece estar restándole importancia a una pareja de polaridades (la distinción étnica entre ladino y maya) mientras al mismo tiempo pone otra de relieve (las identidades del científico *versus* el izquierdista en el terreno académico estadounidense). Sin embargo, para muchos, estas revelaciones no extinguen el poder de la autobiografía testimonial, en la cual una persona simbólicamente asume la carga de las veracidades más amplias del sufrimiento social durante la guerra.

Salir del frío: la política de las transiciones

Stoll ha investigado la guerra de contrainsurgencia a través de dos libros. Para resumir el argumento de su libro de 1993, *Between Two Armies*, él ve las ofensivas guerrilleras como destructivas, como provocadoras cínicas de las atrocidades militares cometidas contra civiles en la región de Ixil. Stoll ofrece un estudio sostenido de las reacciones a la militarización de la vida en las comunidades rurales. Una puede leer su crítica de Rigoberta Menchú como un intento interesante de humanizar su análisis: cuestionar a un ícono que se yergue como símbolo de una insurgencia justa. Entonces, Stoll está particularmente interesado en cuestionar relatos que muestran que la insurgencia y sus simpatizantes civiles, como el Comité de Unidad Campesina (CUC), emergieron de manera natural en la comunidad de Rigoberta Menchú. En su lugar, Stoll quiere demostrar que los campesinos mayas se unieron a las guerrillas bajo presión o se desilusionaron después de unirse por razones personales o ideológicas. Finalmente, Stoll es uno entre varios etnógrafos que han descrito las tácticas de neutralidad activa que los mayas emplearon para sobrevivir las barridas del ejército y de las guerrillas que resultaron de la política militar de tierra arrasada (Schirmer, 1998).

Al salir al público el libro de Stoll, me preocupaba cómo el libro se usaría en el presente, y no para rectificar el pasado, o sea su posible impacto en el proceso de implantación de la paz en Guatemala. Los acuerdos de paz, firmados por el ejército guatemalteco, la alianza guerrillera URNG, el gobierno y las Naciones Unidas, abogaban por reformas importantes para la reconstrucción del país (ASIES, 1996). Los

rebeldes llevaron a cabo un desarme voluntario en 1996 y se transformaron en un partido político en 1998, la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG). Ahora comparten la izquierda del espectro político con el Frente Democrático para una Nueva Guatemala (FDNG), cuyo liderazgo proviene de las organizaciones populares de los años de guerra. Como ordenaban los acuerdos de paz, el ejército se ha reducido y se han cerrado varias bases militares. Los refugiados que estaban en México han podido regresar a sus regiones de origen, aunque muchos han encontrado sus casas y sus tierras ocupadas y se han visto forzados a establecerse en otros lugares (MINUGUA, 1998).

La Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH) tuvo la tarea de documentar las atrocidades que se cometieron durante la guerra por ambos lados del conflicto. Queda aún la pregunta de cómo recordará el país la guerra, su alcance y su legado. Como se concedió una amnistía al ejército y a la guerrilla como parte del proceso de paz, el objetivo de estos procedimientos no era nombrar y perseguir a los agresores, sino medir el horror y establecer un sentido general de quiénes fueron los que perpetraron atrocidades y quiénes las víctimas.

Era inevitable que la derecha usara el libro de Stoll, en un intento de obstaculizar el impulso de reforma, desacreditar a sus adversarios y marginar las cuestiones indígenas. Sin embargo, dada la enorme cantidad de organización política que ha ocurrido durante todo el proceso de paz —y la creación de grupos como COPMAGUA para representar a grupos mayas a lo ancho del espectro político—, no hay una escasez de líderes en la izquierda. Más aún, muchos líderes mayas han congeniado mejor con organizaciones políticas no izquierdistas, especialmente aquellas que se concentran en la revitalización del idioma maya y los derechos culturales que el Movimiento Maya —un movimiento civil no alineado que gana relevancia a finales de los ochenta—, ha promulgado. Así pues, la política después de la paz no depende de Rigoberta Menchú quien, de hecho, ha vivido mucha de su vida adulta en el exilio como activista internacional de derechos humanos.

La salida a la luz del resumen de los resultados de la Comisión de la Verdad en febrero de 1999 y la esperada difusión de los nueve volúmenes del reporte completo han desplazado el furor inicial que se dio en Guatemala alrededor del libro de Stoll. Es elocuente el simple número de casos de violencia documentados con la desproporcionada autoría gubernamental y la dimensión genocida del conflicto. Sus pa-

tronos generales son reveladores: el ejército cometió 93% de la violencia, las guerrillas 3% y el resto no es atribuible a nadie en específico. Se estima que un 83% de las víctimas que han sido identificadas eran mayas, *versus* un 17% de ladinos (CEH, 1999). También se ha concluido que el peso mayor de la responsabilidad por las atrocidades de la guerra cae inequívocamente sobre los hombros del ejército. Aún así, la Comisión también concluyó que “Las razones fundamentales de la confrontación armada de Guatemala no se pueden reducir a la lógica simplista de dos facciones armadas” (NYT, 2/26/99). En lugar de esto, el reporte identificó un amplio espectro de factores estructurales y políticos —nacionales e internacionales— que influyeron en generar la guerra.

La difusión del reporte ya ha impulsado a que el 11 de marzo de 1999, Clinton, el presidente de los Estados Unidos, se disculpara ante el pueblo de Guatemala por el papel que su país jugó en la guerra, incluyendo el entrenamiento de oficiales militares en técnicas de contrainsurgencia que legitimaron violaciones de derechos humanos. La guerrilla ofreció una disculpa dos días después por sus excesos durante la guerra. El ejército se mantuvo en silencio.

En conversaciones con una variedad de líderes mayas y varios aliados durante la conferencia Pop Wuj en junio de 1999 —entre los cuales estaban miembros de la Liga Maya Guatemala, TIMACH y MINUGUA, Otilia Lux de Coti, Víctor Montejo, Irma Velásquez Nimatuj, Benjamín de la Cruz y algunos maestros rurales— me impresionó lo significativa que fue para la comunidad maya la revelación de que los Estados Unidos habían apoyado al estado de contrainsurgencia. Este análisis de la controversia Stoll-Menchú que presenté en la conferencia generó una discusión animada. “¿Una investigación rigurosa para quién?” preguntó el estudiante de postgrado Velásquez, en respuesta a mi intento de caracterizar al trabajo de Stoll en sus propios términos. Aunque los participantes dijeron explícitamente que no querían “satanizar” a Stoll, muchos vieron su trabajo como una extensión de la larga historia de intervenciones extranjeras en cuestiones internas de Guatemala. El libro ha provocado variadas mezclas de nacionalismo y anticolonialismo entre sus lectores politizados. Muchos comentaristas mayas se quejan de que su análisis de la neutralidad maya durante la guerra les resta iniciativa a las comunidades y se desentiende de aquellos mayas que estaban involucrados en la insurgencia. Estos lectores cuestionan que Stoll se enfoque

en una sola figura para criticar y les preocupa que les haya dado armas a los ladinos conservadores en un momento importante para la transición democrática. Los activistas mayas ven a la Comisión de la Verdad y a Stoll encerrados dentro de un debate más amplio sobre las causas y las consecuencias de la guerra. Muchos arguyen que no es suficiente que la administración de Clinton haya ordenado la apertura de documentos clasificados sobre la complicidad de los Estados Unidos. Muchos creen que ahora se debería establecer una comisión para examinar la cuestión de las reparaciones de guerra.

La circulación del libro de Stoll en los Estados Unidos es otro tema. Algunos neo-conservadores han atacado la autobiografía de Rigoberta Menchú en lo que se ha llamado las guerras culturales entre conservadores y liberales. Dinesh D'souza (1991) criticó la inclusión de la autobiografía de Menchú en programas de enseñanza de las universidades que intentaban romper con la dominación de los clásicos en el canon tradicional.

Lo que está en juego en este debate aparentemente esotérico sobre cánones literarios son imágenes de la cultura estadounidense que se oponen. ¿Somos acaso una comunidad europea con una historia que se enfoca en Gran Bretaña y empieza en 1620, o somos la nación multicultural y multiétnica que hemos sido por tanto tiempo? ¿Debería nuestro sistema educativo mirar principalmente hacia el pasado europeo? ¿Puede permitirse relegar la realidad y las historias múltiples de la población maya y de la de las varias diásporas internacionales que conforman nuestra población nacional?

Si los republicanos deciden tornar su mirada hacia la educación superior durante las campañas presidenciales de 1999-2000 —una propuesta probable, en tanto los candidatos compitan por apoyo—, el escándalo Menchú podría resurgir durante las pugnas electorales de Estados Unidos. A menos que algún candidato decida proponer reparaciones de guerra o la clausura de la Escuela de las Américas, donde los oficiales de contrainsurgencia fueron entrenados por los Estados Unidos durante la guerra, la polémica tendrá menos que ver con la compleja transición hacia la democracia de Guatemala que con nuestras propias bulliciosas guerras culturales. Durante el proceso de apropiación, la historia de violencia estatal será despolitizada y repolitizada para caber dentro de una agenda política muy distinta. Sin embargo, una preocupación subyacente al multiculturalismo y la identidad nacional ahora cruza fronteras nacionales (Warren, 1999; Nelson, 1999).

Finalmente, ¿dónde me sitúo en la cuestión del *exposé* como una forma etnográfica de la antropología? Este análisis ha argumentado que David Stoll no escapa a los dilemas de ser político más de lo que escapa Rigoberta Menchú al perseguir la justicia. David Stoll podría haber enmarcado su estudio de manera más abarcadora al, por ejemplo, referirse al general Gramajo, una figura militar clave por haber sido el ministro de defensa, y yuxtaponer al estudio sobre Menchú, un análisis paralelo de los comentarios sobre la guerra interna de Gramajo, su producción, el género al cual responden y su circulación política.

Los antropólogos mantendrán su interés en las representaciones alternativas del conflicto— aunque más frecuentemente, espero, mostrando la variedad de partidos en un debate. Este interés no es el resultado de una suerte de relativismo fundacional que trata todas las explicaciones como si tuvieran igual validez. Es, más bien, comprometerse a estudiar las realidades multidimensionales que en toda su diversidad y dinamismo piden que se las entienda de manera multifacética. Dado el lugar central que ocupa el significado en la investigación antropológica, se están poniendo en tela de juicio los límites de cualquier línea de análisis. Los debates sobre lo significativo de los eventos, su representación y el medio que se utiliza para su circulación y evaluación pública continuarán siendo centrales para este campo. El tercer punto de enfoque, uno antropológico que intenta capturar la controversia de manera más abarcadora —y lo que se ha perdido con el enfoque en los dos protagonistas— requiere su propio escrutinio como otra posición más, en vez de ser visto como una racionalidad trascendental.

Lo que se ha perdido en esta controversia es una importante reconformación de la política guatemalteca de los ochenta y noventa. El resurgimiento de cuestiones mayas en la política nacional ha ocurrido independientemente de Rigoberta Menchú. Uno de los legados de la guerra civil ha sido un nuevo movimiento indígena de oposición no alineada con una agenda política impresionante, que incluye el forjar una identidad maya pan-comunitaria, y transformar a Guatemala en un país multiétnico, pluricultural y multilingüe.

El movimiento ha creado cientos de organizaciones culturales, redes nacionales, editoriales y escuelas mayas. Una variedad de grupos de intereses e intelectuales públicos ahora se reúnen a nivel regional y nacional para forjar alianzas nuevas y generar posiciones de consenso

sobre cuestiones de interés común. El movimiento critica al asimilacionismo ladino y promueve derechos culturales y políticos que desafían a polaridades políticas más antiguas. Los estudiantes más jóvenes y los líderes que en el pasado habían buscado grupos activistas trans-étnicos ahora parecen estar alineándose con el movimiento maya y diversificando su agenda. Mientras la controversia Stoll-Menchú se mantiene anclada en la historia de la izquierda marxista, el movimiento maya se interesa por la historia interna tanto de la derecha como de la izquierda, así como por las dinámicas internas de una amplia gama de movimientos con los que se ha encontrado: estructuras estatales, grupos religiosos, partidos políticos, donantes internacionales, organizaciones no-gubernamentales y universidades extranjeras.

La transición de las polaridades de la Guerra Fría hacia órdenes políticos más inclusivos ha generado cabos sueltos para América Latina y los Estados Unidos. Tal vez por esto, en esta coyuntura histórica, el choque entre Stoll y Menchú ha cautivado tanta atención, a través de las naciones, de maneras distintas, en el espacio donde la política y la cultura pública se encuentran. Como este ensayo ha argumentado, hay mucho que aprender acerca del pasado y del presente en el proceso. La clave, claro está, es no confundirlos, y darse cuenta de que los eventos recientes han producido más de un *exposé*.

Traducción: Claret Vargas

Bibliografía

- Appadurai, Arjun, 1996, *Modernity at Large; Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Arnson, Cynthia y Mario Quiñones Amézquita (comps.), 1997, *Memo-ria de la Conferencia: Procesos de Paz Comparados*, Guatemala: Asociación de Investigación y Estudios Sociales (ASIES) y Latin American Program of the Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- ASIES, 1996, *Acuerdo de Paz Firme y Duradera: Acuerdo sobre Cronograma para la Implementación, Cumplimiento y Verificación de los Acuerdos de Paz*, Guatemala, ASIES.

- AVANCSO, 1991, "'Vonós a la Capital': Estudio sobre la Emigración en Guatemala". *Cuadernos de Investigación*, núm. 7, Guatemala: Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala.
- Ball, Patrick, Paul Kobrak, y Herbert F. Spierer, 1998, *State Violence in Guatemala, 1960-1996: A Quantitative Reflection*, AAAS y CIIDH. <hrdata.aaas.org/ciidh>
- Bastos, Santiago y Manuela Camus, 1995, *Abriendo Caminos; Las organizaciones mayas desde el Nobel hasta el Acuerdo de Derechos Indígenas*. Guatemala, FLACSO.
- Brintnall, Douglas E., 1979, *Revolt Against the Dead: The Modernization of a Mayan Community in the Highlands of Guatemala*, Nueva York, Gordon and Breach.
- Carlsen, Robert S., 1997, *The War for the Heart and Soul of a Highland Maya Town*. Austin, University of Texas Press.
- Carmack, Robert (comp.), 1988, *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*, Norman, University of Oklahoma Press.
- Carmack, Robert, 1995, *Rebels of Highland Guatemala: the Quiche-Mayas of Momostenango*, Norman, University of Oklahoma.
- Carey-Webb, Allen y Stephen Benz, 1996, *Teaching and Testimony*, Albany, State University of New York Press.
- Clifford, James, 1988, *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature and Art*. Cambridge: Harvard University Press.
- Clifford, James y George E. Marcus (comps.), 1986, *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press.
- Cojtí Cuxil, Demetrio, 1995, *Ub'aniik Ri Una'ooj Uchomab'aal Ri Maya' Tinamit; Configuración del Pensamiento Político del Pueblo Maya*, 2da. Parte, Guatemala, Seminario Permanente de Estudios Mayas y Editorial Cholsamaj.
- Cojtí Cuxil, Demetrio, 1996, "The Politics of Mayan Revindication" en, Edward Fischer y R. McKenna Brown (comps.), *Mayan Cultural Activism in Guatemala*, Austin, University of Texas Press, 19-50.
- Cojtí Cuxil, Demetrio, 1997, *Ri Maya' Moloj pa Iximulew; El Movimiento Maya (en Guatemala)*, Guatemala, Editorial Cholsamaj.
- Erdemir, Aykan, 1999, "Kurdish Testimonial Narratives: Commodification, Reterritorialization, and Containment in the Middle East", manuscrito inédito.

- Falla, Ricardo, 1978, *Quiché Rebelde: Estudio de un movimiento de conversión religiosa, rebelde a las creencias tradicionales, en San Antonio Ilotenango, Quiché (1948-1970)*, Guatemala, Editorial Universitaria.
- Falla, Ricardo, 1994, *Massacres in the Jungle: Ixcán, Guatemala 1975-1982*, Boulder, Westview Press.
- Field, Les, 1996, "Mired Positionings: Moving beyond Metropolitan Authority and Indigenous Authenticity", *Identities*, 3, núm., 102: 137-54.
- Fischer, Edward and R. McKenna Brown (comps.), 1996, *Maya Cultural Activism in Guatemala*, Austin, University of Texas Press.
- Fox, Richard G. (comp.), 1991, *Recapturing Anthropology: Working in the Present*, Santa Fe, School of American Research Press.
- Guatemalan Commission for Historical Clarification, 1999, *Guatemala: Memory of Silence Tz'inil Na'tab'al*, <hrdata.aaas.org/ceh/report>
- Gugelberger, Georg (comp.), 1996, *The Real Thing: Testimonial Discourse and Latin America*, Durham, Duke University Press.
- Jonas, Suzanne, Forthcoming: *Of Centaurs and Doves: Guatemala's Peace Process*, Boulder, Westview Press.
- Kearney, Michael, 1996, *Reconceptualizing the Peasantry: Anthropology in Global Perspective*, Boulder: Westview Press.
- McClintock, Michael, 1992, *Instruments of Statecraft: U.S. Guerrilla Warfare, Counterinsurgency, and Counterterrorism, 1940-1990*, Nueva York, Pantheon.
- Menchú, Rigoberta editado y con una introducción de Elisabeth Burgos-Debray, Trans. Ann Wright, 1984, *I...Rigoberta Menchú: An Indian Woman in Guatemala*, Londres, Verso.
- MINUGUA (United Nations Verification Commission in Guatemala), 1998, "The Situation in Central America: Procedures for the Establishment of a Firm and Lasting Peace and Progress in Fashioning a Region of Peace, Freedom, Democracy and Development", A/52/757, Nueva York, United Nations.
- Montejo, Víctor, 1987, *Testimony: Death of a Guatemalan Village*, Willimantic, Conn.: Curbstone Press.
- Montejo, Víctor y Q'anil Akab', 1992, *Brevísima relación testimonial de la continua destrucción del Mayab' (Guatemala)*, Providence, RI, Maya Scholars Network.
- Nelson, Diane, 1999, *The Finger in the Wound: Ethnicity, Nation, and Gender in the Body Politic of Quincentennial Guatemala*, Berkeley, University of California Press.

- Schirmer, Jennifer, 1998, *The Guatemalan Military Project: A Violence Called Democracy*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press
- Smith, Carol (comp.), 1990, *Guatemalan Indians and the State: 1540-1988*, Austin, University of Texas Press.
- Stoll, David, 1993, *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala*. Nueva York, Columbia University Press.
- Stoll, David, 1997, "To Whom Should We Listen? Human Rights Activism in Two Guatemalan Land Disputes", en Richard Wilson, ed., *Human Rights, Culture and Context: Anthropological Perspectives*, Londres, Pluto Press, 187-215.
- Stoll, David, 1999, *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans*, Boulder, Westview Press.
- Trouillot, Michele-Rolph, 1991, "Anthropology and the Savage Slot: The Poetics and Politics of Otherness." en Richard Fox, (comp.), *Recapturing Anthropology: Working in the Present*, Santa Fe, School of American Research, pp. 17-44.
- Warren, Kay B., 1998, *Indigenous Movements and Their Critics: Pan-Maya Activism in Guatemala*, Princeton, Princeton University Press.
- Warren, Kay B., 1999, "Death Squads and Wider Complicities: Dilemmas for the Anthropology of Violence", en Jeffrey Sluka (comp.), *Death Squad: The Anthropology of State Terror*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, pp. 226-247.
- Wilson, Richard, 1995, *Mayan Resurgence in Guatemala: Q'echi' Experiences*, Norman, University of Oklahoma Press.
- Wilson, Richard (comp.), 1997, *Human Rights, Culture and Context: Anthropological Perspectives*, Londres, Pluto Press.